



*Detalle de la portada de la Universidad de Alcalá de Henares y un grabado del Cardenal Cisneros en época en que fundó su Universidad Complutense.*

Sus restos, amortajados con el hábito de Santo Domingo, fueron llevados a Granada, donde hoy yacen junto a los de doña Isabel, en la Capilla Real de la Catedral granadina por ellos fundada, cobijados bajo suntuoso mausoleo mandado erigir por su nieto Carlos V.

## 26.—LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ. POLIGLOTA COMPLUTENSE.

Antes de acometer la espinosa tarea de describir la segunda regencia del gran Purpurado, se hace imprescindible hacer una pausa en esta espinosa empresa, para hacer la somera descripción de una de las mayores conquistas de mi genial biografiado; la fundación de la Universidad Complutense, obra en la que ya venía laborando de tiempo atrás, base principal de su universal fama, tan magnífica como su postrera y breve regencia, de tan gratos recuerdos.

LEMA:

«Mira, Maestro: yo hice esto para servir a Dios y a mi Patria; a El se lo encomiendo... a El se lo encomiendo... a El se lo encomiendo.»

Contestación de Cisneros a ciertas indiscretas observaciones de Nebrija.

Para la inauguración vino un grupo de salamanqueses, trayendo el poderoso Arzobispo, que entonces tenía en sus manos las riendas de España, los más importantes juristas para su academia suscitando con ello

El curioso viajero que llega a Alcalá de Henares, ávido de degustar y vivir añeja Historia, contemplar arte y re-

cordar antiguas gestas, satisfecho quedará su espíritu a la contemplación de este joyel, por muy poco amante que sea de estos encantos y disciplinas, con tantos y tantos monumentos que le salen a cada paso.

El de más relieve, la Universidad Complutense, aflorada por aquel humilde lego del Castañar para disipar de su amada España la «dañosa ignorancia» y nutrir de cultura las mentes de la época.

Monumento nacional de la provincia madrileña, le vemos erguirse desde el siglo xv a espaldas de la plaza Mayor o de Cervantes, ostentando en su bella fachada el heraldo de lo que tras ella se encerraba en ingente acumulación de actividades y disciplinas en las que su artífice puso todos los desvelos y amores de su gigante espíritu.

*Aquí, pálida, amarilla,  
con lúgubre majestad,  
se ve la Universidad,  
de muy bizarra labor.*

*Emporio de Ciencias nobles,  
recuerdo de añejos fueros,  
monumento de Cisneros  
y de un artista, esplendor.*

R. L.

Corría el año 1498, y mientras en Toledo se hacía la reforma de la Capilla Mayor de su Catedral, andaba ya Cisneros revolviendo en su agitada mente el pensamiento más audaz y temerario, un proyecto que habría de oscu-

recer con su brillo todas sus grandes empresas: la fundación de una Ciudad Universitaria, magna obra que deben incubar trabajosamente los siglos, y que él llevó a término en pocos años.

Ya en su infancia, como dije anteriormente, sintió los apuros de la escasez y lo arduo que resultaba para el pobre abrirse paso por el camino de la Ciencia, y al verse poderoso por propios méritos, no se olvidó de los humildes y les abrió las puertas del templo del saber para que escalasen los altos puestos de la gloria reservados hasta entonces a los ricos y poderosos.

Diez años apenas habían transcurrido de estos pensamientos, cuando quedó plasmada en realidad la nueva Ciudad Universitaria Complutense, dispuesta a llenar sus funciones docentes.

No se crea por ello que todo fueron facilidades y mieles en esta magna empresa, pues el ambiente de la época no era el más a propósito para sueños y quimeras científicas. Ya entonces pensó en fundarla en su patria chica, «Torrelaguna», en reconocimiento de haberle servido de cuna, y dejarla inmortalizada en la república del saber; pero Lafuente, en su «Historia de las Universidades», nos cuenta que los naturales de la villa se opusieron por la potísima razón de que «los estudiantes se iban a comer las uvas de los viñedos».

Pero dejada a un lado la realidad histórica de esta anécdota, su significado es un símbolo indestructible de los pensamientos del tiempo, más afines al sanchopancismo que a las aureolas del saber. Y no se crea que fué solamente Torrelaguna la que opuso esta resistencia, pues el mismo Alcalá fué hostil a su ilustre bienhechor y a su obra, pues al morir, y estando aún de cuerpo presente, empezaron a salir a luz los bajos instintos, hasta entonces mal reprimidos, desenfrenándose de tal modo que, a los cinco años de muerto el fundador, los dignatarios de la Universidad se vieron precisados a tratar seriamente de su traslado, por hacérseles la vida imposible a causa de la hostilidad del pueblo, que prefería «la dañosa ignorancia» a los ópimos frutos del saber y de la cultura.

Una vez vista la oposición de Torrelaguna a ser allí erigida la Universidad, Cisneros pensó en Alcalá de Henares, presente siempre en su ánimo, su refugio y hogar durante los veintidós años de su episcopado, y al que le ligaban infinidad de gratos recuerdos, considerándose como «un hombre más del pueblo», conocedor de la vida de sus ciudadanos y campesinos de muchas leguas a la redonda, siendo amigo, guía y consejero de chicos y grandes, comportándose más como humilde párroco y pastor de almas que como inabordable y majestuoso Cardenal y Arzobispo de Toledo, y así, determinó consagrar gran parte de sus riquezas a la erección en aquella Villa del templo más suntuoso del saber humano de aquella época. Y cerca del grandioso palacio episcopal, construído sobre los cimientos de otro antiguo palacio edificado en 1210 por el guerrero Arzobispo Ximénez de Rada, funda los cimientos de su soñada Universidad para mostrar el espíritu de la nueva España de doña Isabel, tan enemiga como él de «la dagnosa ignorancia».

La segunda razón de Alcalá para fundar allí aquella magna empresa fué por tratarse de una ciudad donde existía residencia episcopal y el estar en el centro de la diócesis, cerca de Toledo y de Madrid, ciudad preferida por Cisneros para capital de la monarquía, cuarenta años antes de que lo hiciera Felipe II.

También fué motivo el existir desde 1292 unos estudios fundados por el Obispo don Gonzalo García Gudiel, aprobados por un privilegio de Sancho IV el Bravo, estudios que fueron trasladados por el Arzobispo Carrillo, siglo y medio después, al convento de Franciscanos de Santa María de Jesús, o de San Diego de Alcalá, fundado por él, y donde Cisneros estudió Humanidades antes

de ir a Salamanca. A la fundación de la Universidad, fueron aquellos estudios absorbidos por ésta.

También pensó Cisneros fundar su Universidad en Toledo, urbe de grandes recursos entonces, pero pesaron en su ánimo las ventajas que para la vida escolar reúnen las poblaciones de segundo orden, más libres de bullicio y peligros que las otras.

En aquella época era obligado solicitar de Roma el permiso general para erigir estas fundaciones. El Papa remitió en abril de 1499 la segunda Bula con el «fiat ut petitur» (hágase como se pide), aunque ya Cisneros se había adelantado casi un año en empezar las obras, seguro por anticipado del visto bueno pontificio.

Se abrieron zanjas para los cimientos, pero gravísimos asuntos de gobierno apartaron de allí al Arzobispo cerca de un año, llamado por los Reyes a Granada para el asunto de la conversión de los moriscos, que tantos disgustos y censuras le acarrearón entonces y en la posteridad.

Llegado el año 1500, y después de haber mandado pavimentar las calles de Alcalá para reformar la Villa, el 14 de marzo, a las cuatro de la tarde, en procesión presidida por el purpurado, y bajo su bendición, fué colocada la primera piedra del «paraíso de las musas», y el propio Zegrí (que estaba entonces con Cisneros) colocó en un hueco que tenía por encima la piedra, unas monedas de oro y plata, junto con una pequeña imagen de bronce del fraile, con sotana y capucha, y en otro hueco interior un pergamino con los nombres de Ximénez de Cisneros y de Pedro Gumiel, el artífice, con la fecha del día. («Todo ello en la esquina derecha del frontispicio.»)

Las obras siguieron a continuación, no solamente los diecisiete años que sobrevivió el Cardenal, sino mucho después de su muerte. No estuvo siempre presente en las obras, pues los asuntos de Estado le obligaban a largas ausencias, que su administrador Baltanasio, y después Alonso de Toro, llenaban con su acertada dirección los citados desplazamientos del Cardenal. Uno de éstos fué a raíz de la colocación de la primera piedra, llamado otra vez a Granada para sofocar la nueva rebelión de las Alpujarras, ocasión en que cayó enfermo, como ya vimos en otro capítulo, retrasando un año su vuelta a Alcalá. Pero siempre volvía con el ánimo más esforzado, ocupándose febrilmente de sus proyectos, viéndosele en el campo con una regla de medidas, animando a los obreros con su ejemplo y prometiéndoles recompensas por sus trabajos. Ordenó la construcción de nuevos edificios, que terminaron por formar la Ciudad Universitaria, haciéndose Alcalá desconocida de día en día aun para sus propios vecinos, que llegaban a decir que su Arzobispo era demasiado aficionado a construir, y que la sede de Toledo nunca había tenido ningún Prelado que en todos los sentidos de la palabra fuese «más eficiente que Cisneros».

El año 1508, hallándose en Burgos, supo que estaba ya construído lo imprescindible para poder comenzar los cursos, y decidió mandar por delante a Alcalá al doctor burgalés Pedro de Lerma, el cual por agosto empezó a leer la «Ética de Aristóteles», que atrajo gran número de oyentes, hasta que el 18 de octubre, día de San Lucas, señalado en las Universidades españolas para inaugurar los cursos, fué abierto oficialmente el Colegio de San Ildefonso, nombre que tomó del patrón de la Catedral de Toledo, a quien Cisneros tenía especial devoción, como lo atestiguan los escudos en piedra colocados en las fachadas de la Capilla de la Universidad Complutense y en la fachada principal de la iglesia de Torrelaguna, restaurada por Cisneros. En dichos escudos se representa a la Virgen imponiendo la casulla a San Ildefonso.

Para la inauguración vino un grupo de estudiantes de Salamanca, atrayendo el poderoso Arzobispo, que entonces tenía en sus manos los destinos de España, los más gloriosos ingenios para su academia, suscitando con ello

(Continuará.)

## MADRID Y SUS CONTRASTES

### EXPLICACIÓN DE LA PORTADA

---

*halo que la distinguía de todas las demás urbes del mundo.*

*Una ciudad se hace con cariño y con tiempo. Se pone en ella el corazón y la paciencia. Las gentes encierran en las ciudades sus vidas y buscan, por tanto, en ellas, el marco adecuado para sus ideas y sentimientos. Por eso hay ciudades heroicas, ciudades graves y austeras, ciudades poéticas... Generaciones y generaciones van dejando sus huellas y por eso, también, las ciudades tienen contrastes. Contrastes entre lo heroico y lo poético, lo grave y lo risueño, y ¡cuántas veces!, entre lo bello y lo vulgar.*

*Madrid no podía ser una excepción y ofrece, igualmente, sus contrastes. En las portadas puede admirarse un bello contraste de nuestro Madrid. La fuente romántica de las Cuatro Estaciones, en el paseo del Prado, obra de Ventura Rodríguez. Esta obra, grácil y esbelta, que refresca el paisaje, pudo, quizá, admirar un día a los madrileños, no por su belleza, que siempre la conservará, sino por su estilización, que parece intentar acercarse al cielo. Pero el cielo no se conquista en una hora, y hay que ir paso a paso intentando acercarse a él. Y formando contraste con ella, la Torre de Madrid; un paso más audaz para acercarse a lo alto.*

*La fuente y la torre son dos bellas muestras de la vida y desarrollo de Madrid. Dos épocas, dos fustes, dos estilos de vida. Madrid impecadero, Madrid que late y se moldea al paso del tiempo. Reposado, tranquilo en un tiempo. Trepidante, atronador, convulsivo en otro. Madrid no llegará nunca al cielo. Entre otras razones, porque el cielo, por obra de su gracia y simpatía, está dentro de Madrid. Aunque, parodiando a Nueva York, quiera hacerse "sublime, ridículo, colgante", como calificó Paul Morand a la ciudad que se proyectó hacia lo alto.*

---

Por GERARDO DE NÁRDIZ

